

## PRÓLOGO

Es un motivo de alegría y un buen síntoma de preocupación por la ciencia el poder prologar, por fin, el diario del botánico Juan Isern Batlló, miembro destacado de la Comisión Científica del Pacífico (1862-1866) y mártir romántico de la ciencia española. Además, creo que ha sido un acierto de las autoras, dos de ellas descendientes del ilustre naturalista, el dar a conocer dicho diario de forma novelada, aunque ajustada a la realidad de una manera escrupulosa. Resulta conmovedora la imagen que uno puede representarse del botánico, en el último momento de su corta vida, recordando su propia trayectoria vital, desde aquel pequeño pueblo de Setcases hasta los momentos más difíciles e intensos de su viaje por el río de las Amazonas. La tarea que se han propuesto las autoras del libro no era fácil, ya que, según creo recordar, los apuntes de Isern conservados en el Real Jardín Botánico eran algo caóticos, en tanto que los fragmentos del diario eran excesivamente botánicos y escuetos, algo que hace merecedora de elogios la obra empuñada con la publicación que tenemos ante nosotros.

Después de haber escrito tantas veces sobre la Comisión Científica del Pacífico no es fácil acometer un deber ineludible como es el de la contextualización mínima de la obra que veremos a continuación, pero para poder comprender la grandeza de Juan Isern y su trabajo como colector botánico esta tarea implica indicar, en primer lugar, de dónde y en qué momento surgió la idea de enviar una escuadra de guerra a las aguas del Pacífico con una comisión científica a bordo. La reina Isabel II de España imitaba a sus antepasados, especialmente a los dos Carlos de la Ilustración, con el envío de una comisión de naturalistas a sus antiguos territorios coloniales en el mundo americano. No parece casual que en el propio título de esta nueva comisión científica aparezca el Pacífico como el área preferente, ya que en esos momentos era una zona de gran interés estratégico para la corona española, que solo controlaba los restos de su antiguo imperio con el dominio real de lo que se ha llamado el archipiélago colonial, es decir Cuba, Puerto Rico, Filipinas y algunas otras islas de interés menor.

Para entender el espíritu que guiaba el envío de una escuadra de guerra a las aguas del Pacífico con una comisión de profesores de ciencias naturales a bordo hay que recordar el momento de euforia de la burguesía española en los años centrales del siglo XIX. La Unión Liberal, el grupo político que mejor representaba los intereses de esa burguesía, había conseguido una situación interna que favorecía sin duda el optimismo histórico de ocupar de nuevo un papel relevante en el conjunto de las naciones europeas, ya que había mejorado el comercio exterior, se

consolidaba el sistema bancario, se desarrollaba la agricultura de exportación, la industria textil, el ferrocarril, el ejército y la marina.

Además, la política exterior española —muy ligada a la francesa— era especialmente intervencionista, como se había demostrado en Marruecos, México y Santo Domingo, lo que unido a su ideología panhispanista —obsesionada con estrechar los lazos políticos, económicos y culturales de España con sus antiguas colonias, siempre como potencia rectora—, era realmente peligroso en una empresa como la que se preparaba con el envío de la escuadra a las aguas del Pacífico americano. Se reconocía la independencia de las jóvenes repúblicas americanas, con las que se deberían estrechar los lazos de amistad, pero ya se advertía de la posible hostilidad de algunas de ellas, especialmente de Perú, por lo que también se recomendaba que la escuadra debía intervenir en caso de que fuera necesario, es decir, si peligrosaban los intereses españoles.

En cuanto a la posibilidad de añadir una comisión científica a la escuadra, parece que la noticia se asocia con el director general de Instrucción Pública, Pedro Sabau, quien para convencer al ministro comentaba la conveniencia de la incorporación de los científicos a la escuadra que se enviaba al Pacífico, especialmente por lo que podía suponer para el adelantamiento de las ciencias y la gloria nacional:

«Estando destinada al Pacífico una Escuadra mandada por el General Pinzón, es muy conveniente que en ella vaya una misión científica, como lo practican las naciones cultas en casos semejantes y lo ejecutó España con tanta gloria como la que más en la segunda mitad del pasado siglo, y principios del actual, en cuya época nuestros sabios hicieron adelantar algunos pasos a las ciencias y enriquecieron los museos nacionales hasta el punto de que fueran citados entre los primeros; estado por cierto bien diferente de su actual abatimiento y pobreza, circunstancias que hacen necesaria la misión proyectada, para que se empiece a sacar ya a las ciencias españolas del olvido en que cayeron, máxime cuando de todas maneras ha de verificarse el mayor gasto que consiste en el fletamiento de los buques,...»

La comisión consultiva reconoció la importancia del envío de la Comisión Científica del Pacífico, con el objetivo de recoger toda clase de minerales, plantas, y animales, incluyendo la posibilidad de aclimatar algunos de estos últimos en España; una cuestión de interés especial para Mariano de la Paz Graells, quien en esos años intentaba crear un zoológico en las instalaciones del Real Jardín Botánico de Madrid. Asimismo, se consideró la importancia de la recogida de datos astronómicos, hidrográficos y geográficos, por lo que se recomendaban las instrucciones dadas por la Academia de París y la utilización de las hojas de observación de la fragata *Venus*.

En lo que se refiere a las instrucciones para las ciencias naturales, el principal cometido de la Comisión Científica del Pacífico, las mismas fueron elaboradas por Mariano de la Paz Graells y Miguel Colmeiro y estaban divididas en tres partes básicas: botánica, zoología y mineralogía-geología. Para la botánica se especificaron 8 apartados similares a los de las antiguas expediciones, aunque marcaban más el rigor metodológico y daban especial importancia a la recogida de datos útiles para la geografía botánica. Las preocupaciones de Graells por la fauna marina

aparecen reflejadas en las instrucciones zoológicas, haciéndose eco de las corrientes europeas representadas por Milne-Edwards, Quatrefages, Huxley, Forbes, Müller, etc., y con especial énfasis en la recogida de datos biogeográficos y ecológicos. En el caso de la antropología, la Comisión seguiría las instrucciones elaboradas por Paul Broca, el creador de la «Société d'Anthropologie» de París.

La urgencia con que se preparó la Comisión Científica para realizar el viaje al Pacífico determinó que su composición definitiva no se produjera hasta el último momento. Entre sus características más notables, cabe destacar que el nombramiento de presidente recayera sobre un marino aficionado a la malacología, Patricio M<sup>a</sup> Paz y Membiela, que debía enlazar las actividades de la Escuadra con las de la Comisión Científica. Era evidente la mayor importancia concedida a la zoología, representada por el propio presidente Paz para los estudios malacológicos; Fernando Amor, catedrático del Instituto de Valladolid, que se encargó, como «naturalista» de la expedición, de todo lo concerniente a la geología y la entomología, hasta su fallecimiento en San Francisco de California en 1863; Marcos Jiménez de la Espada, ayudante del Museo de Ciencias Naturales, fue —como segundo «ayudante naturalista»— el responsable de las investigaciones sobre aves, mamíferos y reptiles terrestres. También se destacó en el transcurso de la expedición por sus trabajos en los volcanes andinos y sus observaciones geográficas, antropológicas e históricas; Francisco de Paula Martínez Sáez, ayudante de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, fue nombrado secretario de la Comisión y se encargó de los estudios sobre mamíferos y reptiles acuáticos, peces, crustáceos, anélidos, moluscos y zoófitos. Completaba el equipo de zoología el taxidermista Bartolomé Puig y Galup, médico y ayudante disecador del Gabinete de Historia Natural de la Universidad de Barcelona. Frente a este notable grupo de zoólogos sólo aparecía un encargado de los estudios antropológicos —Manuel Almagro y Vega— y un dibujante-fotógrafo, Rafael Castro Ordóñez, cuyo maestro fue el inglés Charles Clifford, fotógrafo oficial de Isabel II, que se ocupó de esta labor en la expedición. Por supuesto, completaba la Comisión nuestro personaje, Juan o Joan Isern i Batlló, que fue el botánico de la Comisión.

Juan Isern Batlló (1821-1866) era natural de Setcases y protegido de Miguel Colmeiro, quien le había conocido tras el traslado de Isern desde el Seminario de Gerona a la ciudad de Barcelona para dedicarse a su carrera científica. Sus conocimientos botánicos llamaron la atención de varios sabios europeos, entre los que hay que mencionar a Bentham, explorador pirenaico con el que mantuvo estrechos lazos de colaboración; Willkomm, el descubridor de la botánica española, con el que intercambió plantas españolas por alemanas y, especialmente, Webb, con el que recorrió el Pirineo y que fue uno de sus mentores para ocupar en 1850 la plaza de colector del Museo de Ciencias de Madrid, donde siempre contó con el apoyo de Mariano de la Paz Graells. Probablemente fueron éste y Miguel Colmeiro los autores de su nombramiento en la Comisión para explorar las tierras americanas, aquéllas que le deslumbraron tanto que creyó acercarse al paraíso terrenal, según comentaba en una carta a su ilustre amigo Pascual Madoz.

El mérito de Isern a lo largo de la expedición americana parece indudable si atendemos a la importante colección botánica reunida, y más si recordamos cómo

tras sus infatigables exploraciones andinas, fue uno de los pocos que decidió seguir tras el inicio de la campaña del Pacífico, con la ocupación militar de las islas Chinchas por parte de la escuadra española. Se había ordenado la suspensión de la expedición científica, pero, a pesar de esta orden, Martínez —como presidente accidental—, Jiménez de la Espada, Almagro e Isern decidieron continuar la expedición sin contar ya con la dirección militar de Pinzón. Una vez autorizado este proyecto y reunidos en Ecuador, en el otoño de 1864, los cuatro científicos mencionados anteriormente (Puig y Castro también se habían retirado) decidieron realizar lo que ellos llamaron El Gran Viaje a través de los ríos Napo y Amazonas, una verdadera aventura romántica de la débil ciencia española del siglo XIX, que costó la vida de Isern. La culminación del trabajo de la Comisión exploradora, y de la que actuaba en Madrid como receptora de los envíos que se hacían desde América, se presentó en una gran exposición en el Real Jardín Botánico de Madrid, en la que, con el espíritu de las grandes Exposiciones Universales, se mostraron al público de Madrid las ricas colecciones formadas por los naturalistas, presididas por los retratos de los dos nuevos ilustres mártires científicos: Fernando Amor y Juan Isern.

La mayor aportación de Juan Isern a la botánica española consistió en la formación de una gran colección de plantas americanas, ya que su muerte y el retraso de la institucionalización de la botánica española impidieron que se hicieran otras aportaciones durante bastantes años. Juan Isern frecuentemente comparaba la vegetación americana con la europea —como ya hicieran nuestros antiguos cronistas— e insistía en los cambios de vegetación con la altura, recordando quizá sus lecturas de la Geografía de las plantas de Alexander von Humboldt, naturalista que parece que ejerció una notable influencia en los científicos de la Comisión a la hora de interpretar la naturaleza americana.

Sólo a través de su Diario, que ahora presentamos, y de algunas de sus cartas podemos atisbar algo de lo que podría haber sido su obra científica, como lo estudian en la actualidad sus descendientes Dolores y Pilar Rodríguez Veiga Isern y la especialista en herbarios históricos Paloma Blanco Fernández de Caleyá, quienes hoy hacen justicia a uno de los científicos más interesantes de nuestro siglo XIX.

Miguel Ángel Puig-Samper  
Instituto de Historia. CSIC